

**Prólogo para el libro “Donde la luz termina” del poeta Luís Ángel Marín Ibáñez.
Por Clara Schoenborn**

Sentir que una tragedia puede ser santificada, que las palabras logran penetrar en la belleza del horror, en la inmaculada palidez de una cicatriz, así es la travesía por la obra de Luís Ángel Marín Ibáñez.

Una caída libre por el lado inabarcable de la poesía que a la par arrastra consigo lo inabarcable de la herida humana.

Conocí de primera mano la construcción de este libro desde su poema inicial.

A medida que iba leyendo, uno tras otro, los poemas que como ángeles arrodillados, iban desfilando de la pluma del poeta, una nueva realidad se construía ante mis ojos.

La crisis de los tiempos actuales me sobrepasó con el bisturí más extraño y letal.

De pronto, comprendí que hay algo terrible que aún desconocemos en el dolor. Algo en las fugas del llanto que lo camufla con los sacramentos ante los cuales nos arrodillamos.

A la vez, vi regresar en legiones a los hombres y mujeres del pasado junto con sus innumerables dioses. Llegaron cantando himnos de sangre, ahondaron las grietas de las catedrales, los rincones oxidados de las clepsidras y rompieron las ventanas clausuradas de los campanarios.

Todo para descubrir la huella letal que el ser humano va dejando para construirse y perpetuarse.

Estos poemas me convencieron de que el desbalance en los amaneceres nos dolerá no solamente hoy, en esta edad de oscurantismo y codicia, si no por todo el tiempo, mucho más porque desconocemos los verdaderos motivos que nos empujan siempre hacia un desastre.

Todas estas sensaciones y pensamientos que produjo esta lectura parecen un hechizo, o alguna alucinación causada por el conjuro de un chamán recién resucitado. Pero nada de esto resulta extraño cuando se lee poesía como la de Luís Ángel Marín: absoluta y universal.

Mágica.

La marca del genio cuando toca el arte.

Poesía sin edades ni cortapisas.

El autor de esta obra cumple con lo que se espera del poeta, tal como ha dicho Jorge Luís Borges:

“Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río,
saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.”

Poesía sin hombre pero para el hombre.

Versos sin hambre y sin sed, sin dios y sin muerte.

Poemas que destruyen el tiempo porque esa es la consecuencia de una verdadera creación.

En este libro conviven los monstruos con las deidades, la sal con las flores y la esperanza con la muerte. Aquí todo lo humano es renacimiento mucho más porque se trata de un final. A medida que el hombre se acerca al fuego o al caos y espera reconocerse en su propio dolor, renace un bautismo o alguna cosecha.

Este libro es para quienes amen las caídas, para quienes odien sus ojos o desprecien el ruido. La poesía de Luís Ángel Marín es para valientes, para conquistadores, para locos, para dioses. Para quienes amanecen todos los días con la mente en blanco, dispuestos a luchar por un milagro que la colme y dispuestos también a olvidar ese milagro al siguiente sueño.

Clara Schoenborn

Cali, Colombia, 7 de julio de 2013